



## LA CENICIENTA.

Nada hay tan desagradable como la infancia á quien la ciega ternura de padres indiscretos hace desaplicada, indócil é insolente; nada tan simpático como la niñez á quien la prudente direccion paternal enseña las cualidades que sin destruir la espontaneidad y alegría de la edad candorosa, la van disponiendo para las virtudes futuras. Hay niños-ángeles y niños-diablos, segun la educacion doméstica que han recibido. El niño bueno llora viendo sufrir á otra criatura viviente; el niño malo se burla de la vejez, tira piedras á la pobreza y se complace en atormentar á los animalillos indefensos. Con los buenos y, por consiguiente, simpáticos niños, entablo mi amistosa plática.

Mucho os hubiérais divertido, amiguitos, presenciando una funcion que se verificó há meses en el teatro Castelli, de la ciudad de Milan. Con-

sistió en una pieza mímica sacada del célebre cuento del escritor francés Perrault, llamado *Cendrillon*, nombre alegórico que los españoles traducimos con el de *Cenicienta*. No ignorais que Cenicienta fué relegada por sus hermanas mayores á la cocina, y tambien sabeis que la adversidad, léjos de agriar á la víctima de la injusticia, le comunicó la resignacion. Sufrir con paciencia, hé ahí una de las lecciones que desde temprano se deben aprender. ¡ Tiene el pobre mortal tanto que padecer durante su peregrinacion terrena!

Cenicienta sufrió pacientemente, y á pesar de su indigencia ejerció la caridad. Nunca faltan medios de practicar el bien cuando se ansía practicarlo. Una mañana dió limosna á una mendiga rechazada por sus hermanas, y la supuesta pordiosera, que era una hada poderosa, recom-

pensó la conmiseracion de la joven-cita, suministrándole recursos para ir á una fiesta delicada, regalándole una chinela de vidrio que únicamente el pulido pié de Cenicienta podia calzarse, haciendo que un Príncipe eligiese por esposa á la dueña del zapatito de cristal.

La historia de Cenicienta se representó en el mencionado teatro Castelli por niños de seis á doce años, perfectamente ensayados y dirigidos. Todos eran niños pobres, que trabajando aumentaban el pan de sus familias. ¡Qué felicidad la de ayudar á los padres en lugar de acrecer sus penurias!

Empezó la funcion compareciendo Cenicienta dedicada en un rincon de su casa á faenas humildes. La pequeña actriz interpretaba su papel con inteligencia precoz. Quizá trabajaba para su madre y se iluminaba su entendimiento al recordarlo.

Llegó la maga disfrazada de mendiga, pidió limosna y Cenicienta dividió con ella su parco almuerzo; llegaron las hermanas soberbias á continuacion, riñeron á Cenicienta y echaron la mendiga á la calle. Despues se ocuparon ufanas del sarao que preparaba el Príncipe Magnífico. Expresó Cenicienta con suplicante ademan su deseo de ver la fiesta; sus hermanas respondieron con gestos de cólera que no debia salir de su rincon. Miétras tanto se llenaban de joyas ante el espejo con loco orgullo. ¡Parodia de las coquetas, de las mujeres casquivanas, que pasan la juventud entre frivolidades y la

vejez entre arrepentimientos tardíos!

Las hermanas mayores fueron al baile; la menor permaneció solita en el hogar. Regresó la mendiga anciana preguntándole la causa de su duelo; Cenicienta le confesó que lloraba su miseria y aislamiento. Entónces la viejecita la tocó con su varita mágica y Cenicienta quedó elegantemente vestida; entónces al par, merced á la varita encantada, apareció un lindo cochecito arrastrado por caballos enanos, guiado por un cochero diminuto y custodiado por lacayos liliputienses. Cenicienta se trasladó al palacio del Príncipe Magnífico en tan portentoso tren. La poderosa hada del cuento de Perrault la miró partir, como diciendo: «Cada cual recoge segun ha sembrado.»

En un brillante salon alumbrado por arañas resplandecientes tuvo efecto el sarao del Príncipe, cuyo trono de damasco y oro se alzaba en el testero principal.

Los niños que representaban los convidados á la fiesta, imitaban con donaire el talante de antiguos palaciegos. En medio de los cortesanos asomaban notabilidades peregrinamente caracterizadas por los mímicos infantiles. Oid y ved, leyentes mios.

Un aplauso sincero y prolongado ha brotado del público espectador. Aquel personaje de inmensos bigotes y de busto repleto es Víctor Manuel, rey de la Italia unida y gobernante hábil de los italianos. Algunos silbidos se mezclan con las palmadas de algunos espectadores. Aquel hom-

brecito grueso, con uniforme, botas y sombrero militar, es Napoleon I, génio de la guerra, celebridad más extraordinaria que meritoria. Un palmoteo sonoro, unánime, expresión del amor del pueblo á sus bienhechores, interrumpe la mezcla de aprobacion y desaprobacion anterior. Aquel individuo de larga barba, de traje democrático, que camina apoyado en una muleta, es el general Garibaldi. Risas joviales suceden al entusiasmo popular. Aquel sujeto de cabello y patillas casi rojas, de atavío excéntrico, de apostura desgarbada, es John Bull, blanco frecuente de los caricaturistas, lo que no impide que sea Inglaterra una de las naciones más sensatas y civilizadas del mundo.

Los caballeros conducen á las otomanas á las señoras, cuyos tontillos pintorescos se agitan con petulante viveza. En el salon del Príncipe Magnífico han entrado las hermanas ruines y..... la *fille de Mme. Angot*, cuya presencia excita la jovialidad pública. Sirvientes de ocho á once años con pelucas blancas y sobrevestas á lo Luis XV brindan dulces y sorbetes á las señoritas de siete á diez abriles, las cuales se apoderan de las golosinas con afan contrario á la etiqueta.

Murmullos de admiracion resueñan de improviso. Acaba de penetrar en la sala una gentil doncella luciendo una maravillosa chinela de vidrio. Se asemeja mucho á Cenicienta, dicen los gestos de las hermanas envidiosas, pero ¿cómo ha de ser ella?

Apénas da la orquesta la señal del baile, ofrece el Príncipe Magnífico la mano á Cenicienta. La cuadrilla se forma sin que nadie invite á bailar á las ruines hermanas. ¡Posee la envidia un semblante tan repulsivo! Víctor Manuel, Napoleon y Garibaldi presiden el sarao desde sus asientos. John Bull se levanta, se atusa las patillas, y cediendo á la independencia de su índole, saca á bailar á... la *fille de Mme. Angot*. El público se rie á carcajadas.

Cuadro general: los niños danzan graciosamente y los adultos se divierten mirándolos. Al toque de la hora que anuncia la vuelta á casa, huye Cenicienta, dejando caer en su precipitacion la chinela de cristal. No falta quien la recoja y la admire. El Príncipe anhela en vano descubrir á quién pertenece. No sirve á ninguna de las damas aún reunidas allí.

Nueva traslacion al domicilio de la familia de Cenicienta. En la tarde subsiguiente á la noche del sarao se presentan los domésticos del Príncipe llevando la chinela de vidrio en azafate de plata, y proclamando que su gentil señor se casará con la mortal afortunada que calze semejante prodigio. Las malas hermanas se disputan la chinela inútilmente. No consiguen calzársela. Acudiendo al momento la maga disfrazada de mendiga, ordena á Cenicienta que se la pruebe. El zapatito le viene de molde.

Todos se inclinan ante la futura consorte del Príncipe Magnífico, y á impulsos de la varita mágica todo nuevamente se transforma. Bajo ár-

boles floridos y sobre la fina arena de un paseo tan hermoso como los Campos Elíseos de París, se deslizan tres cochecitos elegantes. A uno suben Víctor Manuel y Garibaldi, y otro Napoleon y John Bull, al tercer carruaje conduce el Príncipe Magnífico á su esposa, la cual, despojándose del mezquino ajuar de Cenicienta, no se ha despojado de los excelentes sentimientos que le han proporcionado recompensa providencial. Viendo á sus envidiosas hermanas humilladas, abandonadas y abatidas, las acaricia y las consuela, obligándolas á participar de su carroza. Despues se deja llevar contenta

por el correr de los caballos, porque su corazon lleva consigo la benevolencia y la compasion.

La historia de Cenicienta, que ha representado en Italia la niñez laboriosa, comienza con la caridad de la limosna y termina con la caridad del perdon. Una representacion parecida se ha verificado tambien, segun mis noticias, en el Circo de Price, de Madrid. Tiernos lectores, niños simpáticos y buenos, acordaos siempre de que perdonar las ofensas es la mayor de las caridades.

FELICIA.

*Milan, 29 de Febrero de 1875.*



## LA PERA MADURA.

## FÁBULA.

En un peral de don Guindo  
 Vió Periquillo una pera,  
 Y aunque le daba dentera  
 Su color dorado y lindo,  
 Dijo : — Esperaré con calma  
 A que caiga de madura,  
 Pues si subo á tal altura  
 Me expongo á romperme el alma.  
 Apenas así diciendo,  
 El huerto dejó Perico,  
 Llegó por allí otro chico  
 Y dijo, la pera viendo :  
 — ¡ Qué rica pera hay allí !  
 Miedo , al suelo no me amarras ,  
 Que como el héroe de marras  
 Digo « Vine , vi y comí. »  
 Y desdeñando la espera

Impropia de hombres de ahinco,  
 Al peral subió de un brinco.  
 Y se manducó la pera.  
 Perico al día siguiente  
 Dijo : — Ya estará en el suelo  
 La pera hecha un caramelo ;  
 Vayamos á echarle el diente.  
 Y como al pié del peral  
 La mondadura halló sólo,  
 Añadió , y aunque era un bolo,  
 No añadió del todo mal :  
 — ¡ A llamarle asno provoca  
 Quien ve madura la pera ,  
 Y como quien dice , espera  
 Que se le venga á la boca !

ANTONIO DE TRUEBA.



## ORÍGEN DE LA ARQUITECTURA.

Las primeras habitaciones de los hombres fueron las rocas, que les ponían al abrigo de la intemperie de las estaciones, y las cavernas naturales, donde hallaban asilo contra los animales, á los que á veces se veían obligados á disputar aquel alojamiento. Las necesidades y las comodidades de la vida les hicieron practicar algunas mejoras en las groseras habitaciones que les ofrecía naturaleza; ensancharon las unas, dividieron las otras formando aposentos, cuyos muebles consistían en un lecho de hierbas ú hojas secas, y troncos de árbol por asientos y mesas. El instinto del hombre, que le incita á perfeccionar y que apenas satisface una necesidad, ya desea un nuevo bienestar, hizo nacer el lujo, frecuentemente enemigo de lo necesario, y en seguida el arte, que embellece y dispone las producciones de la naturaleza.

A medida que se aumentaron las familias y poblaciones, las habitaciones se hicieron más raras y más difíciles de encontrar. Se hicieron excavaciones en las montañas; pero como también se habitaban llanuras rasas, se hicieron cavernas ficticias de barro y estacas groseramente reunidas por la extremidad en forma de pirámides. Estas chozas, que aún hoy día construyen los salvajes, y se ven más ó menos elegantes en

nuestros campos, fueron los primeros ensayos de la arquitectura, que más tarde produjo las basílicas, palacios y templos, cuya admirable estructura prueba hasta dónde puede elevarse el genio del hombre. Hay mucha distancia desde una choza de barro hasta la cúpula del Vaticano; pero en su clase era un Miguel Ángel el que reunió el primero pedazos de maderas y piedras, trabados con argamasa, para levantar las paredes de una cabaña. Cuando la cubrió de ramas y juncos preservándola de la infiltración de las aguas por una doble inclinación, hizo dar un paso inmenso á la arquitectura.

El conejo, que excava su vivienda; la golondrina, que forma su nido; el castor, que construye casas, diques y puentes, ¿fueron los maestros del hombre y los que excitaron su espíritu de imitación, ó bien la necesidad reveló á nuestra especie el uso que podía hacer de sus facultades intelectuales para dirigir sus fuerzas físicas?

La necesidad, gracias á la industria, sólo obliga al hombre á ejecutar lo que le es indispensable.

El hombre es naturalmente perezoso y prefiere contentarse con poco antes que trabajar para adquirir mucho. Su energía proviene de sus pasiones, que, excitadas por nuestra vida civilizada, han hecho nacer la am-

bicion, el orgullo y las distinciones sociales, que las alimentan sin satisfacerlas.

Una cabaña servia para dar abrigo á una familia, pero desde el punto que esta familia adquirió cierta importancia se ensanchó la cabaña; no tanto por estar cómodamente, como para probar su superioridad y poder. Las casas reunidas formaron aldeas, villas y ciudades, y de aquí las modificaciones de los edificios segun sus diversos destinos. Las habitaciones de los ricos y poderosos debian distinguirse de las del vulgo; los palacios y los templos debian tener formas particulares adecuadas á su uso. Sin embargo, en los más simples objetos que han servido á la arquitectura primitiva se encuentran los elementos que constituyen la arquitectura más elegante y complicada. En los primeros edificios los ár-

boles representaban el fuste de la columna en su disminucion gradual de abajo arriba.

Formaban el techo largas ramas inclinadas hácia abajo y cubiertas de juncos, cañas, etc.: este modo de cubrir las habitaciones ha durado tanto tiempo, que hasta el año 470 de la fundacion de Roma no le abandonaron los romanos. Las primeras cabañas de los galos eran chozas de forma cónica, y en tiempo de César estaban construidas de ladrillos cocidos.

Los pueblos de Atica fueron los que aplicaron á monumentos duraderos combinaciones tomadas del sistema de sus habitaciones primitivas, que han servido de base á la arquitectura que cubre hoy la superficie del globo.

M. DE LA J.



## RETRATOS INFANTILES.

### ROSITA.

(Continuacion.)

#### XI.

Despues de limpiar perfectamente el sombrero gris y dejarlo negro, que

está mucho mejor, dígase lo que se quiera, Rosita mira en derredor con el afan de ver si hay alguna otra cosa en que emplear su celo.

Bien pronto encuentra algo que arreglar. ¡Qué descuido el de su papá y de los criados! El precioso reloj de sobremesa está parado; nadie se ha acordado de que había que

darle cuerda. ¡Válgame Dios, qué abandono! Felizmente, Rosita recuerda muy bien de qué modo le daba cuerda su mamá, y ella lo hará tan bien ó mejor. Es verdad que



Rosita no sabe muy bien cómo hay que hacer para señalar la hora y colocar las agujas; pero supone que lo importante es dar cuerda al reloj para que ande, y en cuanto eche á andar ya dará él solo, como acostumbra, las horas y los cuartos.

## XII.

Efectivamente, Rosita tenía razón. En cuanto ha dado cuerda al reloj, éste empieza á andar maravillosamente, y ya está dando horas y cuartos sin parar. La verdad es que

nunca se ha visto andar tan de prisa al reloj. ¡Brrr, Brrr, Brrr!.. no cesa un momento el reloj. Hay que confesar que si la señorita Rosita es una especialidad en la pintura de bigo-

tes, lo que es como relojera podría apostárselas con los más reputados de Ginebra. Pero después de un ¡brrrrrrrrrr! muy prolongado, el ruido cesa. Me parece que ha sucedido



una cosa muy sencilla, se ha roto el muelle real.

Rosita se ha quedado pensativa, temiendo que le ha sucedido algo al reloj y que su papá va á tener un gran disgusto cuando lo vea. La po-

bre Rosita cree tener la ciencia infusa y saberlo todo sin haber aprendido nada. Todo consiste en que tiene una presuncion muy grande y un aturdimiento mayor todavía.

(Se continuará.)



## EL PRIMER PUEBLO DE RIOJA.

### SUS MONUMENTOS HISTÓRICOS.

A la cabeza de una extensa y dilatada planicie, un poco inclinada, y á la que parecen servir de diadema las empinadas crestas de las plateadas montañas de San Lorenzo, se levanta un sinnúmero de viejos y modernos edificios, ocupados por más de tres mil pacíficos vecinos, que forman una de las ciudades más antiguas, de más gloriosa historia de la provincia de Logroño y la primera que recibe el honroso calificativo de *Rioja*: Santo Domingo de la Calzada. Salud, ciudad inolvidable, dulce recuerdo de las diversiones de mi infancia, hogar de mis progenitores, lugar bendito, en que tantas veces me estrechó entre sus brazos la ternura de mi adorada madre, y en que aquel encorvado anciano, aquel incansable maestro (q. e. p. d.), como á ciego el lazarillo, me avisó de los peligros, y me trazó el camino seguro de la dicha: salud, madre Calzada. [Permíteme que con el entrañable amor que te profeso y el filial respeto que te debo, repita desde las risueñas márgenes del Leza aquel tierno suspiro que lanzaban en otro tiempo los cautivos en Babilonia: «Si jamas te olvido, ¡oh Jerusalem! que mi lengua quede pegada al paladar y que mi mano derecha olvide el arte de tocar las cuerdas del arpa.

¿Cómo podríamos tocar en tierra extraña?» ¡Oh! no, no, jamas quiero olvidarte: grabado en mi corazón llevo tu nombre, esculpida en mi mente tu memoria: una prueba más quiero darte hoy de que tengo fijo en tí mi pensamiento. Los patrióticos himnos de tus glorias, de tus conquistas y de tus proezas; la grande epopeya que forman tu histórica calzada, tu puente, tu hospital, tu torre gigantesca, tus grandiosos templos, tus fuertes murallas con sus almenas elevadas, tu hoz, tu... todo, no se canta más que una sola vez en todo el año, y su grata armonía no resuena más que dentro de las bóvedas del templo: yo quiero que resuene á todas horas, que se difunda por la España, á quien, hija digna, tanto honras, y se extienda, si ser puede, por los mundos. Por eso, continuando esta leyenda, que dedico á mayor honra del ínclito varon Santo Domingo, á quien debes tu fama y existencia, voy á pintar con mi tosco pincel los monumentos históricos que tanto te engrandecen, para que el sabio los admire y el ignorante los respete, y más que todo, para despertar en los tiernos lectorcitos del periódico *Los Niños* afán por conocer las bellezas antiguas, que tanto nos instruyen.

## I.

Hacia el año 1039 no era más la ciudad que venimos describiendo que un vasto desierto poblado de malezas y árboles silvestres, entre que vivía apartado del mundo el Santo que venera en sus altares. Sinnúmero de fieras, ladrones y asesinos tenían en él sus guaridas y hacían sus siniestras emboscadas, de modo que imponía al hombre más valiente cruzar por aquellas soledades. Animado el santo solitario de la más ferviente caridad, se resolvió á talar aquel espeso bosque con una pobre hoz de segar mieses, á cuyos golpes se rendían robles seculares, añosos y corpulentas encinas y los densos é impenetrables matorrales encubridores del robo y de la muerte.

Desmontado ya lo bastante para lo que él se proponía, principió á construir la famosa *Calzada*, que da nombre á la ciudad, para facilitar y asegurar el paso al caminante y devoto peregrino que marchaba á cumplir sus votos á Compostela, con lo que consiguió muy luégo atraer á algunos pastores á levantar toscas y mal configuradas chozas, y, más despues, á algunos agricultores de pueblos comarcanos á construir parte de los sólidos y lujosos edificios que hoy ostenta. Concluida la Calzada, emprendió la del soberbio puente sobre el *rio Oja* (hoy *Hilera*), que es de donde toma el nombre de *Rioja* el pintoresco país que venimos describiendo, y en casi dos años vió,

como por encanto, levantados más de treinta sólidos y espaciosos arcos, que la mano corrosiva del tiempo va reduciendo á su tercera parte, por donde el citado rio corre bullicioso á tributar su homenaje al Ebro caudaloso.

## II.

Fatigados caminantes, ya podeis con seguridad atravesar el fragoso monte que tan lleno de peligros se os presentaba; pero es muy largo y necesitais en medio de él un asilo, una casa de beneficencia por si vuestra salud sufre algun quebranto: adelante, no temais; que vuestro protector ya ha fijado la primera piedra para levantar un suntuoso Hospital, donde encontréis alivio en vuestras penas, consuelo en vuestras desgracias y remedio para todas las calamidades que puedan afligiros: adelante, que ya está concluida esa santa casa de misericordia.

En ella, si quereis mostrar vuestra gratitud al Dios de las piedades, hallaréis tambien el lugar más á propósito para esparcir y desahogar vuestros pechos reconocidos; allí tenéis la silenciosa y modesta ermita, consagrada á la madre de María, Santa Ana.

## III.

Pocos pueblos de nuestra Península podrán contar entre sus monumentos históricos de reconocido mérito una torre tan gigantesca ni tan

magnífica como la que orgullosa se levanta en medio del lujoso caserío que forma la parte más antigua de mi ciudad idolatrada. Tiene de base cuarenta piés en cuadro y se eleva majestuosa hasta doscientos cuarenta y ocho; aunque la desproporción de su mitad superior con la inferior revela claramente haberse querido elevar más, como lo confirma la tradición oral, diciendo que tuvo que abandonarse por falta de recursos. Cuenta un siglo completo de existencia; pero, obra maestra, trabajada con toda la valentía del arte, se conserva en el mejor estado, ostentando en la parte exterior del campanario cuatro bonitos capiteles, trabajados á cincel con todo gusto. A medida que se eleva aumentan los bajos relieves, coronando, por fin, su excelsa cúspide una gruesa bola de metal, asegurada por medio de una gran cruz de hierro, en cuyo centro gira un gallo, indicador del viento dominante. Salud, norte de los impulsos de mi corazón; salud, atalaya inolvidable. Por los fuertes suspiros que me arrancabas cuando de lejanas tierras divisaba tu remate al ir á visitar á los amadísimos autores de mi existencia; por los dulces latidos que me hacía sentir tu mágica veleta, salud una y mil veces, torre bendita, salud, torre misteriosa.

#### IV.

Contigua á la torre, pero separada por una angosta calle, osténtase grandiosa la catedral, una de las úl-

timas obras del glorioso Santo, dedicada por él al Salvador de las naciones, á cuya solemne inauguración asistió Alonso VI, Rey y Emperador de las Españas, fijando en compañía de Domingo la primera piedra de este colosal edificio, cuya excelsa nave, magnificencia de su altar mayor, y sobre todo la delicada talla de su coro y la del lujoso mausoleo de mármol donde descansan íntegras las cenizas del fundador de la ciudad, pueden figurar entre las obras de mérito del mundo. Dentro de este santo palacio se conservan tan maravillosos y gratísimos recuerdos, que más de una vez hombres sin fe, desdichados escépticos han dicho (yo los he oído): «No queremos admitir ciertos acontecimientos como verdaderos, pero estos objetos con su lenguaje mudo nos confunden.» Allí se ve la madera en que se mandó ahorcar injustamente á un peregrino, en la que apareció vivo después de ejecutado: enfrente unos gallos que cantaron su inocencia y el magnífico cuadro que representa la conducción del presunto reo al suplicio: en otra parte la camisa de un pobre cautivo que gemía en las lóbregas mazmorras de los moros, amarrado con los grillos, cadenas y esposas que publican en este mismo templo el amor del Abraham de la Rioja por la libertad de los esclavos: allí, en fin, la pintura y escultura, con su muda pero elocuente lengua, están pregonando á todas horas las maravillas que obrara el ínclito varón Santo Domingo.

## V.

¿Qué significan las fuertes y sólidas murallas, elevadas almenas, impenetrables cubos, anchos y profundos fosos que circundan á ese pueblo? ¿Es, por ventura, que sus nobles y pacíficos vecinos se vieran precisados á construirlos para resistir á algun feroz y sanguinario enemigo?

Léjos de eso; todo lo contrario: el feroz y sanguinario enemigo se ve imperiosamente obligado á levantarlos á su costa, para que esos honrados moradores se defiendan contra él si se atreve á acometerlos. ¡Oh raro prodigio! D. Pedro el Cruel, irritado porque este pueblo se niega á reconocerle por rey y se presta gustoso á rendir vasallaje á D. Enrique, su hermano, viene con un aguerrido ejército á asolar esa ciudad que tantos trabajos causára al gran Domin-

go; pero apenas llega á los cerros que la circundan, una densísima niebla oscurece el horizonte, que hace perder el rumbo á jefes y soldados. Reconoce D. Pedro que es un castigo del cielo, y vuelto á Dios, ofrece arrepentido respetar la ciudad y circunvalarla de muros si despeja el cielo, y á los pocos momentos, sabedores los calceatenses de este acontecimiento, se ponen en oracion en la capilla de su esforzado caudillo, y consiguen de su intercesion que el Cruel olvide su crueldad para con ellos, éntre en el mismo templo á darle gracias y empiece sin demora á edificar las en aquel tiempo inexpugnables fortalezas que mira orgullosa la primera ciudad de Rioja, pues que le recuerdan el triunfo más grande, la victoria más honrosa que pueden registrar las brillantes páginas de nuestra historia.

JUAN C. BUSTO.

---

## LOS TRES LEGADOS.

---

(Continuacion.)

Hortensia, sin embargo, pudo burlar el sanguinario furor del Rey: el alcaide quedó sumido en un pesado sueño, gracias á un narcótico que en el vino le dió su hija; los carceleros que guardaban al prisionero fueron sobornados á fuerza de oro y entregaron á la niña las llaves de la prision; los centinelas tambien ganados con dinero prometieron hacer la

vista gorda y los que guardaban la entrada exterior del castillo se comprometieron á dejarla franca á los fugitivos. Tres buenos caballos y un criado fiel esperaban á la orilla de la ciudad, y poco ántes de media noche Octavio y su amada Hortensia salieron cautelosamente del castillo, montaron á caballo y seguidos del criado partieron con la rapidez del rayo, ale-

jándose á galope tendido de la ciudad hasta ganar la frontera inmediata.

Cuando á la mañana se echó de ver su fuga, en vano se mandaron en su persecucion partidas de caballería en todas direcciones. La ventaja que llevaban los fugitivos era muy grande y nadie les pudo dar alcance. El Rey furioso desahogó su cólera cargando de grillos al alcaide y á los carceleros: por último tuvo que consolarse con haber heredado cuantos preciosos objetos habian pertenecido al rebelde enemigo que no habia consentido en dejarse ahorcar.

### III.

Una vez fuera del alcance de sus perseguidores, y habiendo entrado ya en el territorio de otro soberano, Octavio y su amada Hortensia tomaron aliento y dieron reposo á sus jadeantes caballos, albergándose en una quinta que la suerte les deparó. Á solas con su pensamiento Octavio, reconoció que debia la vida á una niña que por su amor habia comprometido la suya y abandonando su hogar y su familia. Creyóse obligado, en conciencia, á satisfacer tan sagrada deuda, y persuadido de que Hortensia le amaba tiernamente, resolvió hacerla su esposa y modificar su sistema de vida.

Desengañado ya de que la dicha no consistia en el abuso de los placeres, conoció que en el dulce amor de dos almas que llegan á comprenderse existe un verdadero manantial de felicidad inefable, como así tambien en una existencia tranquila y mo-

desta más posibilidad de encontrar la dicha que entre el fausto y magnificencia de los palacios.

Cuando los viajeros hubieron descansado diriáronse á la poblacion más cercana, hospedáronse en una posada modesta, alquilaron luégo una casita decente, y hechas las diligencias necesarias, Hortensia y Octavio se casaron sin boato ni ostentacion y sin otros festejos que la dulce satisfaccion de un amor tiernamente correspondido.

¡Qué dichoso se consideró entonces Octavio! ¡Qué diferencia tan grande halló entre el amor lícito, honesto y apasionado de su tierna esposa y aquella vida borrascosa y criminal de las orgías de su pasada opulencia! ¡Qué distancia tan inmensa entre la ternura del corazon y los extravíos vergonzosos del vicio!...

Octavio principiá á conocer entonces que la felicidad no existia en el brillo y esplendor de las riquezas, ni en la fácil satisfaccion de todos los caprichos, y determinó renunciar á los pomposos placeres de que ántes habia abusado, que tantos envidiosos le habian suscitado y que habian estado á punto de perderle. Cansado de la vida de las grandes ciudades, y de acuerdo con su amada Hortensia, resolvió fijar su residencia en el campo, alejado del bullicio del mundo, y con este propósito compró una hermosa quinta cerca de las montañas, á la márgen florida de un sosegado rio y en medio de un jardin bellísimo con multitud de árboles frutales, olorosos rosales y flores las más

variadas. Tenía también un poblado palomar, con verde soto, donde se criaban muchos conejos, un colmenar donde las solícitas abejas trabajaban sus dulces panales, y todo género de delicias campestres que le hicieran dulce la existencia. Llevó consigo los criados que juzgó únicamente necesarios para el servicio de su persona y los cuidados de la casa, y en ella fijó su domicilio acompañando de su amante esposa.

No pasó mucho tiempo sin que advirtiera que la enamorada Hortensia principiaba á estar triste y melancólica, lo cual vino á turbar su tranquila alegría. En vano se esforzó en querer averiguar la causa, y en vano rogó por espacio de algun tiempo á su compañera que le explicara el motivo de su melancolía. Hortensia le contestaba siempre que no estaba triste, que él se lo imaginaba sin fun-

damento, y, por fin, que no había de estar riendo siempre. Pero lo cierto es que el mal se agravaba, que el disgusto de Hortensia crecía y la intranquilidad de Octavio aumentaba en la misma proporción. Por último, á fuerza de dulces ruegos y de amorosas instancias Hortensia descubrió á su marido el secreto de su corazón. La irreflexiva niña, que había conocido á Octavio en una posición brillante, en medio del fausto de una corte y rodeado de la magnificencia de un príncipe, se había figurado que al casarse con ella la haría partícipe de todo aquel esplendor, y su vanidad había soñado en verse como una reina rodeada de aduladores, de una nube de criados y de toda clase de pompas, objeto de la envidia de las más ricas y más hermosas damas.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MÓNTES.



## EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(CON ONCE VIÑETAS DE FRELICH.)

I.

Llegó, por fin, el venturoso día  
En que el joven Alberto  
Mostrará su elegancia y bazaría  
Estrenando el primer pantaloncito  
Cortado á su medida, y que por cierto  
Es en su clase de lo más bonito.  
Su hermana se lo hizo, y el trabajo  
Muestra su habilidad; se lo hizo abierto...

Abierto por detras, ancho de abajo,  
Y por detras se cierra con botones  
Para que no se salgan los faldones  
De la camisa, cosa  
Por demas enojosa.

Alberto no ha dormido, y de mañana,  
Llamando á su hermanita muy gozoso,  
Ha querido asomarse á la ventana  
A ver si el día está bueno y hermoso;  
Pues le han dicho sus padres que si llueve

Se aplazará el estreno,  
Pues no es bien que se lleve  
Un pantalon tan bueno

Cuando llueve y hay lodo,  
Que lo echa á perder todo.  
Se asoma á la ventana, está nublado,



De plomizo color cubierto el cielo,  
Y todo es lodo y charcos en el suelo.  
Alberto se entristece, y con enfado  
Cerrando la ventana,

Así dice á su hermana:  
—¡ Vaya! ¡ ni á tres tirones  
Dejo yo de estrenar mis pantalones!

(Se continuará.)